

LOS AMANTES DE TERUEL.

ESCENA TRAGICO-LIRICA.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

Doña Isabel..... Señora María del Rosario.
Doña Elena..... Señora Francisca Laborda.
Don Diego..... Señor Joseph Huerta.

ACTORES.

La Escena es un salon de la casa de Doña Isabel en Teruel.

Salon ricamente adornado que sirve de entrada á otros salones de la casa; por cuyas puertas se verán arañas encendidas y otros adornos ricos; todo destinado á la boda de Doña Isabel y Don Juan: Al correrse la cortina sale un numeroso sequito de Damas y Caballeros que figuran ser los convidados á la boda: Salen á recibirlos Doña Isabel, Doña Elena y Don Juan, quien les manifiesta la Novia, y todos dan muestras de cumplimentarla: Doña Isabel suspira de rato en rato, y Doña Elena la tira de la ropa para que disimule. Finalmente, Don Juan conduce á los convidados adentro; Doña Isabel se queda atras; Doña Elena la dá á entender que porque no vá, y cogiéndola de la mano la lleva al primer termino del Teatro: va hablar y no puede, y se dexa caer con el mayor abatimiento sobre un asiento. Todo esto habrá sido expresado por la música.

Elen. *Qué tienes que decirme? habla prima.*

La voz te falta? pierdes el aliento? Dime la causa de tus graves males. Qué me quieres decir con los acentos que profiere el dolor, y el dolor trunca?

tú parados los ojos, qué es aquesto? te veo moribunda, hierta, fría, y perdido del rostro el color bello; te acuerdas de Don Diego?

Isab. *Calla, calla, no aumentes con nombrarle mi despecho, mi rabia, mi furor.*

Dos compases de música muy fuertes: anda un breve instante des-

chada, y coje de la mano á Doña Elena, y dice con languidez: la música acompañará con un andante triste.

Ya me he casado; de un padre y de un amor ya he satisfecho.

los bárbaros designios; ya la fuerza, la venganza y los zelos consiguieron hacerme ser perjura, ser ingrata, ser traidora, é infiel; pero no es tiempo este de recordar de un hombre ingrato, y de un padre tirano juramentos y amenazas; tan solo es tiempo, prima,

de mirar por mi honor, y mi sosiego; de sofocar ideas y pasiones

que

712716

8628

72561

V.13. 20. 14

que ultrajen los respetos de himeneo,
que falten al decoro : con cuidado
exâmina si alguno puede vernos,
si puedo sin ser vista de mi esposo
arrancar de mi alma un cruel secreto:
no te detengas, anda.

Elen. Ya te sirvo.

Tres compases de andante triste ; interin los quales Doña Elena anda registrando por el foro, y Doña Isabel saca unos papeles y un retrato del pecho.

Reliquias amorosas de mi dueño,
de mi perdido bien ; pero un ingrato
no merece aunque muerto estos recuerdos ;
su falsedad , las leyes del decoro
me mandan desprender de estos fúne-
nestos
moviles del dolor que me acongoja.

Elen. Segura estás.

Isab. Pues toma arroja al fuego
lo que el fuego dictó ; extingue al
punto
papeles y retrato de Don Diego.
No los vea jamás.

Elen. Tú te enagenas,
tú vuelves á temblar?

Isab. Dame al momento
otra vez las reliquias de mi amante.
No me las des , Elena.

Elen. No te entiendo.

Isab. Ni yo tampoco á mi , duro con-
traste!
Aparia de mi vista esos recuerdos.

Despues de una pausa.

Ya sabes que ante Dios, y ante los
hombres (plo
juró ser mi marido ; y que en el tem-
legitimado hubiera nuestro enlace
el sacró rito, á no ser que sus medios
retrataron hacerlo , y que mi padre
no quiso se efectuára el casamiento

hasta que á la fortuna mereciese
algun honroso puesto, y para ello
le concedió de termino tres años ; (p
pero en estos murió y en mucho tien-
se olvidó de mi amor y mi promesa
faltando á su palabra y juramento.
Mas facilmente imaginado hubiera
que se uniese el Leon con el Cordero
que borrascas el Zéfiro abortara,
que contra su corriente fuese el Ebro
que produxese rosas olorosas
el lugubre Cipres ; que los Luceros
por Occidente el giro principiaran
que anduviese segura por los Pueblos
engañosos la simple Pastorcilla,
que mudára su amor mi ingrato du-
ño,

que diese aquel cruel á otra la man-
A qué vienen las quejas contra
muerto?

A qué viene el penar, á qué las ánsi-
á qué el dolor ? bien hecho está
hecho.

Su ingratitud , su olvido me ha a-
quirido

el honor de himeneo , su desprecio
Estos discursos , Prima , me parecen
que la perdida paz vuelven al pecho
y al amor de mi esposo me conducen
á pesar del amor sin sentimiento.

Ya me es grato su enlace ya le amo
ya compensar deseo sus afectos,
ya deseo mirarme entre sus brazos
Ya la paz recobré:-

Un golpe de orquesta muy estrepitoso.

Pero que veo !
Qué horror ! qué confusion !

Elen. Qué te intimida ?

Isab. Donde descansan del cada
hierto

las pálidas cenizas de mi esposo,
se levanta una sombra, cuyo aspe-
cuya figura en todo es parecida
á la suya : ácia mí con pasos lentos
y en tono amenazante se dirige;

mírala , mírala.

Elen. Dexa del miedo
mentidas ilusiones.

Isab. No me engaño,
aquí está, no la ves? mira su aspecto
todo desencajado:- Ay que me acu-

san
de fementida sus dolientes ecos,
de perjury, de infiel:- con razon cul-

pas
de mi loca pasion los viles zelos;
pero por qué en castigo no me llevas
al triste domicilio de los muertos?

Llévame al negro reyno del espanto
y en sus oscuros pavorosos centros
sepúltame ; las furias infernales
que habitan su mansion convoca fie-

ro:
el tósigo , la rabia que alimentan
en sus toscas entrañas, dispon luego
que empleen contra mí , que me en-

venenen,
que me emponzoñen para que el des-
pecho,
la rabia, el odio acabe con la vida
de un corazon infiel, falso y perverso.

*Despues de haberse entregado al ma-
yor despecho, cae desfallecida en bra-
zos de Doña Elena, quien la com-
padece, vuelve en sí, y en tono lán-
guido prosigue: La música en un
corto alegre, y en un piano armonio-
so de clarinetes y fagotes, expresa-
rá todos estos afectos.*

Con Don Juan dime, Elena, por tu
vida
estoy casada ya? se hizo en el templo
la sacra ceremonia?

Elen. Tú deliras.

Isab. Tienes razon, Elena, lo confieso,
que si no fuera asi, cómo era dable
que me explicára asi? Quise á Don
Diego,
fue la luz de mis ojos; su inconstan-
cia

ha sentido mi amor, y aunque los
cielos

me vengaron en parte con su muerte,
no por eso mi amor se ha satisfecho;
me ha guardado muy mal la fé jurada:
tú sabes que uno á otro juramento
nos hicimos, de unir con casto nudo.
Cumplió lo que ofreció?

Elen. Pues por lo mismo
tú no debes sentir el nuevo enlace:
él faltó que no tú.

Isab. Siempre tuvieron
por contagio los hombres la incons-
tancia.

Con que la antorcha ha ardido de
himeneo
en mis bodas?

Elen. No hay duda.

Isab. Pues Elena,
faltaría á mi honor y á los respetos
del sacrosanto enlace, si al instante
no extinguiese del pecho todo afecto,
toda pasion ó llama que tuviese
otro objeto distinto que mi dueño.

Elen. Gracias á Dios que veo en tu
semblante

indicios, aunque leves, de consuelo;
para qué por un hombre tan perjuro
quieres eternamente al sentimiento
dar tributos amargos? considera
las ventajas que adquieres con el nuevo
enlace; los disgustos que has tenido
con tu padre, los llantos, los encier-

ros,
las amenazas:- viendo tu entereza
víctima te juzgué de su despecho
mas de una vez: en fin te resignastes,
y con ello cobrastes el sosiego.

Isab. Sí prima, le cobré.

Elen. Y con un suspiro
que el corazon exála, los acentos
interrumpes?

Isab. Qué quieres, matrimonio
que hizo el poder, la fuerza ú el dinero,
rara vez precursor fue de la dicha
de los dos contrayentes.

Elen. Aunque es cierto

que en el tuyo han mediado esos motivos,

para qué es la razon? para vencernos.

Isab. Ya lo procuro, Elena.

Elen. Pero vuelves

la pena á fomentar con los recuerdos que trae á la memoria tu delirio.

Isab. Pero si yo no puedo de mi pecho arrancar el dolor, qué quieres que haga?

Elen. Con el placer, el mal halla remedio.

Isab. No procuro:::-

Dent. voz. Isabel?

Isab. Quién me ha llamado?

Elen. Tu esposo.

Isab. Pues á Dios: si mi sosiego tu amistad apetece, los papeles y el retrato fatal entrega al fuego. *va.*

Interin Doña Elena registra los papeles, y el retrato, toca la orquesta un periodo analogo á la situacion.

Elen. Los papeles testigos de mi agravio sufrirán de las llamas el incendio; pero no este retrato, que aunque ingrato,

á mi amor se mostró siempre su dueño, le quise con extremo, y en el alma aun existen reliquias de mi afecto, no obstante que murió. Si ahora viese

á mi amor, fuera el suyo mas propenso,

viendo á Isabel casada. Ay bien mio! que aunque mi amor pagabas con desprecios,

siempre fuistes mi amor, siempre te quise.

Y así el dia fatal que el rigor fiero de la muerte cortó á tu vida el hilo, sintió mi corazon tu fin funesto: de un horror se vistió, de un negro luto:::-

no habia de vestir luto mi pecho

quando el Orbe sintió tu desventura; y así al mirar sin luz de dia al cielo, las aves mudas, sin flores el campo, el Pastor sin baylar, el rio sesgo, amarillo el laurel, suspenso el ayre, y á mis voces sin dar respuesta el eco, dixe absorta, ó el Orbe está parado, para acabarse, ó Don Diego ha muerto.

Mas de este sentimiento, de este luto fue digna su virtud, y pues no puedo á su memoria dar otros tributos que el del dolor, el llanto y el lamento,

para que este tributo no se acabe su imagen custodiar quiero en mi pecho.

Se queda á un lado, vuelta la espalda á la derecha, y con los extremos propios del dolor guarda el retrato. Sale Don Diego de camino muy regocijado, y al ver las luces del festejo se sorprende, y dice:

Dieg. Estas luces:::-

Corre despavorido á mirar en el reloj de sobre mesa qué hora es, y al verlo dice:

las diez.

Se recuesta encima de la mesa despues de recobrado busca á quien preguntar, y encontrando con Doña Elena, la da en el brazo, vuelve esta de pronto, y se confunde, despues de dudar si es Don Diego el que ha visto, se pone á temblar, se queda inmóvil: todo esto debe ser expresado con la música, á excepcion de que pára de pronto las dos veces que habla Don Diego.

Todo me indica, que tarde llegué ya: por Dios

ruego

Elen. Si del sentido
será esta ilusión? No, que es Don
Diego.

El es, él es.

Dieg. Qué dudas? y tu prima
Isabel dónde está?

Elen. Luego no has muerto?

Dieg. Muerto yo?

Elen. Luego falsa la noticia
ha sido?

Dieg. Quién lo duda. Mas qué es esto?
adornado el salón, aquellas luces:--
ese tropel de gente que anda aden-
tro:--

qué se celebra aquí?

Elen. Tu desventura.

Dieg. Se casó ya Isabel? Dí?

Elen. Sí, Don Diego.

*Se queda inmóvil cayendosele lo que
tiene en la mano, expresando su sen-
timiento un corto andante con sor-
dinas.*

Dieg. Y con quién?

Elen. Con Don Juan.

Dieg. No, no es posible,
no puede ser Elena, no lo creo:
Isabel ser de otro? se ha olvidado
que un casto nudo unir debe su afecto
con mi afecto? que yo debo ser suyo?
primero creeré que de luceros
se han poblado los montes, que las
fuentes

en vez de cristal puro manan fuego;
que producen la nieve los volcanes;
que la reproducción del universo
naturaleza olvide; en fin, que todo,
todo se mude, menos el afecto
de Isabel, menos de su pecho amante
la fineza, el amor; y así al momento
voy á darla noticia de mi arribo,
voy á echarme á sus pies rendido y
tierno.

Elen. Es hacerla infeliz con su marido,

y si la quieres bien, yo te aconsejo
que huyas de este lugar.

Dieg. Pero es posible
que haya su corazón subscripto á
un hecho

tan vergonzoso y torpe? si ha faltado
en Isabel la fe, los juramentos,
las ofertas diré que son quimeras,
de los hombres, diré que son pretextos.

Elen. Reportate Don Diego, y por lo
mismo

que te debe Isabel tan buen concepto
por su concepto mira.

Dieg. Pero cómo

cupo en su corazón tan bajo intento?

Elen. No es culpada Isabel en tu des-
gracia;

aquí corrió que tú te habías muerto,
que otro amor ocupaba tu ternera;
fuera de esto, tu olvido en los cor-
reos:--

Dieg. De lo mismo también puedo
quejarme:

qué trato tan iniquo! no me dieron
de término tres años por si acaso
mejoraba de suerte? cuándo el tiempo
pactado se cumplió? dos horas hace.

Elen. Y si antes de este tiempo su hi-
meneo

no se ha verificado, á quién lo debes?
á la misma Isabel; pues al momento
que corrió la noticia de tu muerte
volvió á insistir Don Juan en sus in-
tentos,

y su padre del oro alucinado
se mostró protector de sus deseos,
y en vencer de Isabel la resistencia,
ni autoridad dexó, ni alhago tierno
que no emplease: en fin, las amena-
zas,

los castigos, los ruegos de su pecho
arrancaron el sí, y dos horas hace
su enlace confirmaron en el templo.

Dieg. La palabra la mano que me ha
dado

su padre, el acceder también á ello:--
con

Con que ya no hay remedio?
Elen. No le hallo:

La muerte solo puede disolverlo.

Dieg. Una vez que la fuerza y el engaño,

en lugar del amor y mutuo afecto,
 ha formado su enlace, presididos
 no verán sus amores del contento,
 ni del casto himeneo propagados
 en su lecho verán el dulce efecto.

La discordia voraz, la muerte horrible,

el pálido rencor, el odio fiero,
 sembrarán sin cesar en vuestras almas

disturbios, disensiones, rabia y celos.
 No encenderán las candidas antorchas

los Génius tutelares de himeneo
 ante las aras, no: solo las furias,
 las sacrílegas teas con despecho
 encenderán: ni sembrarán las gracias
 tampoco al rededor de vuestro lecho
 aromáticas yervas, ni olorosas (ño,
 flores: serpientes sembrarán con ce-
 vívoras venenosas que os acaben,
 que os destrozen y os llenen de tormentos,

á fin de que acabeis como yo acabo,
 á fin de que murais como yo muero.

Alegro fuerte en que Don Diego anda despechado, pero siempre contenido de Doña Elena.

Elen. El dolor te enagena de tí mismo:
 un casto nudo ha unido sus afectos:
 garante del amor de los esposos
 quando la aprueba el rito se hace
 el Cielo,

y pues Doña Isabel la frente humilla
 al sagrado deber, haz tú lo mesmo:
 sofoca tu pasión, su amor olvida,
 ó los arbitrios busca para ello:

Doña Isabel, atenta al nuevo estado,
 me entregó poco hace estos recuer-
 dos,

estas cartas que ves, y este retrato.

Dieg. Para que te las dió?

Elen. Para que el fuego
 extinga de una vez tu cruel memoria.

Dieg. El día que quedaron los concier-
 tos

del enlace ajustado por mi parte
 con ella aseguraron mis afectos
 pero vengan acá, que por mi ma-
 no

quiero entregar al ayre sus concep-
 tos:

ahora dame el retrato.

Elen. No es posible:
 para memoria tuya le conservo.

Dieg. Para memoria mía?

Elen. Que te amo:

Música dulce que sigue hasta que se va Doña Elena.

que consagro á tu fé todo mi afecto,
 es inútil decirlo, quando sabes
 que igual á mi pasión, fue tu des-
 precio:

y pues no puede ser tuya mi prima:-

Dieg. Entiendo Doña Elena tus in-
 tentos:

á donde está Isabel?

Elen. Que es lo que tratas?

Dieg. Matarla á celos, pues de zo-
 los muero.

Elen. No entres, que su marido:-

Dieg. Ve á llamarla.

Elen. Puedo esperar:- *vase.*

Dieg. Yo se lo que hacer debo.

Qué torpe proceder! qué indigno
 trato!

edad de la inocencia! feliz tiempo!
 que el fraude y el engaño se igno-
 raba;

que el amor en los pechos era eterno;
 que ningun interes movia al hombre;
 que el metal no tenia ningun precio:
 al mirar la perfidia, al ver el fraude
 que reyna en nuestra edad, con el
 recuerdo

sigo la sencillez de aquellos siglos.
 Pero tendrá la ingrata atrevimiento
 de presentarse á mi sin confundirse?
 tendrá valor, que quando un falso
 pecho

comete alguna accion que le degrada,
 á la reconvencion opone ciego
 una jactancia loca, un vano orgullo,
 con que al exceso añade nuevo ex-
 ceso.

Pero alguien viene aquí: si es la
 alevosa,
 será de mi furor blanco funesto.

Isab. Quien me busca? *en la puerta.*
Dieg. Ella viene.

dando dos pasos fuera.

Isab. Quien me busca?

Dieg. Pronto su rostro desarmó mi
 ceño;
 inmóvil::: sin accion:::-

andando un poco.

Isab. Enmudecisteis?

A quien buscaís señor? ay que es
 Don Diego!

*Música lúgubre que exprese la si-
 tuacion de los dos amantes: Doña
 Isabél se habrá sentado como fuera
 de sí; Don Diego se va recobrando
 poco á poco; corre agitado á ella,
 va á tomarle una mano y ella la
 retira, y sin cesar la música
 dice.*

Isab. Tengo marido ya.

*A esto Don Diego da dos pasos atrás
 y la dice con el mayor despecho.*

Diego, Yo tengo esposa.

*Pára de repente la música, se le-
 vanta ella despechada y le dice.*

Isab. A la vida volviste con intento
 de darme muerte? Si mi muerte
 aplaca

las iras de tu amor, pásame el pecho,
 hiere mi corazon; mas tan agudo
 como mi pena el filo de tu acero,
 no será para herirme? cómo vienes?
 Si D. Juan te vé acaso yo me pierdo.
 Ya me casé... mi padre.... las noticias
 que en Teruél de tu muerte se espar-
 cieron:::-

mi despecho.. la fuerza..la amenaza:::
 Però á quién satisfago? Alevé, fiero,
 luego de tu mudanza, las noticias
 quando tienes esposa ciertas fueron:
 luego no me engañaron? luego fuiste
 el que faltó primero al juramento?
 juraste ser mi esposo lo has cumplido?
 bien sabes que mi padre dió su asenso.
 Hice en casarme, lo que hacer debía,
 atendiendo á que tú me diste exem-
 plo.

Dieg. Yo no vengo á pedir satisfaccio-
 nes.

Isab. Yo lo creo muy bien.

Dieg. Tan solo vengo
 á darte el parabien del nuevo enlace,
 y despues á decirte como pienso
 tomar estado.

Isab. Qué no le tomastes?

Dieg. No haberlo executado solo siento.

Isab. Con quién te casas pues?

Dieg. Con Doña Elena.

Isab. O quán tarde conozco que de
 acuerdo

caminabais los dos! Para evadirte
 de ser mio tomastes un pretexto
 tan indigno; tomastes el arvitrio
 de exáltar mi furor con el despecho
 de los zelos; alevé, de antemano
 teniais concertado el casamiento.

Dieg. Dexa vanas disculpas.

Isab. Tu me matas.

Dieg. Vé á gozar del amor del nuevo
 dueño.

Isab. Ay Don Diego! Don Diego!

Dieg. Qué me quieres?

8
Isab. Que sepas que á Don Juan adoro
y quiero
que es mi marido ya, mas vete, vete
que mi honor y tu vida corren riesgo.

Dieg. A buen tiempo precaves los peligros;

Pero á Dios, que si dexo del afecto
arrebatarne, puede que mi enojo :-

Isab. Modera tu furor, templa tus zelos.

Dieg. Estoy ciego, y no es dable...

Isab. Por Dios mira...

Dieg. Nada ya que mirar, ingrata, tengo.

Isab. Mira que mi marido :-

Dieg. Nada miro.

Isab. Advierte que el decoro :-

Dieg. Nada advierto;

y pues fuistes :-

en la puerta.

Elen. Señor, en estos casos
mas logra la prudencia que el esfuerzo.

Yo me encargo de hablarle.

Isab. Qué resuelves?

Dieg. Morir.

Sale Elen. Señor Don Diego,

las quejas y el dolor, quando los
males

no tienen en lo humano ya remedio,
solo sirven de dar fuerza á los males;
mi prima se casó, tu tienes dueño,
Su marido ha escuchado vuestras
quejas;

quien te idolatra á tí muere de zelos:
en esta inteligencia es necesario
que á la razon se venza el sentimiento.
El amor, y el honor son delicados,
y en vengarse crueles siempre fueron.

*Don Diego mira á Doña Isabél con el
mayor sentimiento, y haciendo un gran
extremo de dolor se vá precipitado.
Dos compases de música despechada,
en que Doña Isabél quiere seguirle,
y Doña Elena la detiene.*

Isab. Sin hablarme se fué; dexame, fiera.
Con que tú competias mis afectos?

el que debía ser mi amante esposo
querias usurparme : su desprecio,
su nuevo amor, su muerte, fuero
trazas

de que tú te valistes : lo comprendo
con qué ardid, con qué cautela
supistes conducir tus fingimientos?

Elen. El dolor te enagena de tí misma
y por eso perdono tus denuestos.
Es verdad que á D. Diego yo he que-
rido,

pero no te podrá decir D. Diego
que yo cómplice he sido :-

Isab. No me mates,

no me mates, Elena, vete luego,
huye de mí, no sea que mi rabia
cebe en tu vida su voráz efecto.

Elen. Pero prima :-

Isab. No quieras Doña Elena
provocar el furor que arde en mi pe-
cho.

Elen. A lástima me mueven sus que-
brantos.

Isab. Ea, pues, Isabél ya llegó el tien-
po
de morir ó vivir. Pero alguien vien-
D. Diego vuelve, ay Dios! á qué mi
tiempo!

Qué traes? No me inquietes.

Sale Dieg. Toma y lee,
estos son de tu esposo los excesos.
De un amigo, al bajar por la escal-
acaban de entregarme aqueste plieg-

Isab. „Envidioso D. Juan de tus amor-
„fingió tu muerte y dixo que á o-
„dueño
„dedicabas tu amor, interceptand-
„vuestra correspondencia en el co-
„reo.

Un engaño frustró nuestros amor-
un engaño robó nuestros afectos.

Dieg. Isabel? Isabel? yo te he perdi-
para siempre...

Isab. Don Diego?

Dieg. Yo fallezco.

Isab. Don Diego? mi bien? ay que
espirado!

y yo espiro tambien, sagrados cielos!

Don Diego se desmaya, y Doña Isabel se queda estática con el papel en la mano: Sale Don Juan, y se lo quiere quitar, y viendo la resistencia que hace ella, se pone á escribir en el bufete; ella mira á Don Diego, y cae desfallecida; Don Juan acaba de escribir el papel, se lo dá, y se vá, habiéndolo expresado la música.

Isab. Un papel me ha dexado, mas ya vuelve

Don Diego:- qué he mirado! qué es aquesto!

lee de este papel el contenido.

Dieg. De quién es?

Isab. De mi Esposo.

Dieg. Azar funesto!

Isab. Lee.

Dieg. „Prevente, pues mi honor ofen-

des, á morir á los filos de mi azero.

Isab. Te confunde el papel? Qué me respondes?

Dieg. Que es razon:- (el dolor me ahoga el pecho)

que cumplas:- con la fé:- de tu marido:-

que olvides de mi amor:- hablar no puedo:-

Isab. Qué tienes? qué te da? tú acongojado?

Dieg. Isabel:- Isabel:-

Isab. Todo cubierto de un sudor frio... Esposo..

Dieg. Esposa mía?... recibe, ay dulce bien! mi último aliento...

Se queda Doña Isabel contemplando un breve instante á Don Diego, y la música sigue expresando siempre la languidez de Doña Isabel hasta que muere.

Isab. El dolor de mirar mi honor manchado

le ha quitado la vida. No contemplo

cómo pudo mi esposo alucinarse para quitarme honor y vida á un tiempo.

Yo he faltado á su fé, y á mi decoro?

Me ha visto cariñosa con D. Diego?

Si su engaño ha sentido, no es extraño,

ese infeliz debía ser mi dueño:

si mi marido cumple esta amenaza, qué han de decir de mí? qué dirá el pueblo?

Yo que por mi candor, y mi modestia

merecí ser la gloria de mi sexó,

he de morir á manos de un esposo, víctima del honor, y de los celos?

á tanto mal el alma se resiente, se páma el corazon, se turba el pecho:

las congojas me ahogan, poco á poco me abandona el sentido y el aliento:

víctima del amor muero de pena fantasmas ilusiones solo veo:

un noble corazon no necesita para morir, morir con el acero, que el honor tambien mata. Dónde me hallo!

Dónde estoy! Ay de mí; pero qué es esto?

Quién de matarme acaba? Cielos santos,

ya de una vez cesaron mis tormentos.

Muere.

Corre Doña Elena, se sorprende al ver el espectáculo, registra los papeles, y vá á llamar á Don Juan, le saca, y le hace ver aquella trágica escena.

Ele-

Elen. Válgame Dios! qué miro! de un
arroyo

ya habeis visto Don Juan el triste
efecto.

Con astucias lograsteis á Isabela,
y ni vos la lograsteis, ni Don Diego:

su muerte habeis causado, su des-
gracia;

llorad eternamente, si es que el cielo
quereis desenojar; y á los amantes
sirva esta infausta escena de escar-
miento.

*Se ballará en la Librería de la Viuda é Hijo de Quiroga, calle
de las Carretas, con un gran surtido de Comedias, Saynetes, &c.*